

CANDELARIA

Por Luis y Agustín MILLARES CUBAS



De improviso, rasgando el silencio tedioso de la desierta calleja, la guitarra comenzó a vibrar. Eran los preludios, ejecutados con limpieza y maestría, de una malagueña del país. El ritmo subía, bajaba, desvaneciéndose ahora en murmullos y zumbidos, para resurgir después en notas claras, insistentes. De pronto terminó con un acorde brusco, seco. Fue como los dos puntos en un escrito, una parada llena de expectación. Una voz robusta, grave, pretenciosa,

entonó el cantar.

Candelaria despertó sobresaltada en su catre *de viento*, y apartando la sábana que la cubría, se incorporó apoyándose en un codo, con la cabeza oscilante y desvanecida y los ojos medio cubiertos por las mechas desordenadas de sus cabellos negros.

El que en la calle tocaba y cantaba era don Marcelino, el gran *trovador* atlántico, dueño de un almacén y de muchos cuartos, que hacía dos meses la enamoraba. Decían las muchachas de la tabaquería que era un *baladrón* simpático. Grueso y alto, gran tocador de guitarra, que había aprendido *por música*, no perdía ni una *última*, ni una *taífa*, y hasta gozaba fama de buen luchador.

Ella le había resistido hasta entonces, aceptando, sin embargo, sus regalos. Allí estaban todos, guardados en la caja de pinsapo pintada de encarnado, a los pies de la cama. Dos pares de zarcillos, un pañuelo de seda, un sobretodo y cuatro frascos de agua de la Florida.

De pronto la guitarra dejó de sonar. Por las rendijas de la puerta penetró una respiración cálida, anhelosa, y una voz profunda, varonil, pronunció quedamente:

---Candelarilla, oye, asómate a la puerta, que tengo que decirte una palabra.

Entonces ella comenzó a temblar con ligeros estremecimientos que recorrían todos sus miembros y terminaban en los dedos de sus pies, fríos y descalzos.

Y sentía en el fondo de su garganta un cosquilleo acre, tenaz, irritante, que la obligaba a toser ligeramente.

---Abre, mujer. Una palabrita nada más. Te juro que me marchó enseguidita.

La muchacha continuaba silenciosa, temblando. Oíase el murmullo, suave y continuo de la acequia que corría a dos pasos del callejón y a los lejos, en el fondo del horizonte, oscuro e indefinido, la sorda respiración del mar.

Preludió nuevamente la guitarra. Después de unos cuantos acordes lánguidos, melosos, Marcelino, en el dintel mismo de la puerta, caldeando la madera inanimada, comenzó una *danza* arrebatadora.

*Apíadate, tirana,
de mi dolor.*

Y era su voz un arrullo, una invitación dulcísima a la ternura, a la entrega irreflexiva y loca del corazón, de la persona entera, cuando suspiraba.

*Que por ti se muere,
se muere mi corazón.*

Cuando expiró como un lamento suavísimo el último calderón de la danza, el trovador, lanzando un gruñido de entusiasmo, aplicó su hombro robusto a la puerta. Era llegado el momento del ataque.

Como si despertara de un sueño, la muchacha se arrojó de la cama, dando un grito, y sujetando con sus brazos desnudos la madera endeble, resistió hasta el límite de sus fuerzas, desgredada, fría, invocando el nombre de su madre, aquella mujer desconocida que la dejara una noche de febrero en el torno del Hospicio, envuelta en un ropón de zaraza amarilla.

Y la puerta continuaba cediendo, doblábanse los pestillos, rechinaba la cerradura, sonaba cada vez más el aliento vigoroso del hombre.

Y la puerta cedió al fin.

Cuando Marcelino entró, dejando caer al suelo la capa y la guitarra, ella corrió gritando por la reducida estancia, descalza, medio desnuda. Hubo una corta y feroz persecución en las tinieblas, ruido de sillas derribadas, de jarros que se quiebran al chocar con el suelo empedrado. La guitarra, herida por un puntapié de Marcelino, gimió dolorosamente en las tinieblas.

Al fin pudo cazarla en el rincón en que se había refugiado, de cuclillas en el suelo, ocultando con los dos brazos fuertemente cruzados la cabeza hundida en el pecho. Levantóla con ímpetu y la abrazó con furor salvaje. Ella se retorció, gritando, con los ojos muy negros y muy dilatados en la cara lívida:

--- ¡Don Marcelino, suéltame! ¡Por su madre, por la Virgen del Carmen se lo pido!

Y luego repitió como una loca, con terror siempre creciente y la voz súbitamente enronquecida:

--- ¡No, por Dios; no, por Dios!

En el silencio que volvió a reinar reapareció el murmullo de la acequia, cercano, suave y continuo, y a lo lejos, en el fondo del horizonte oscuro e indefinido, la sorda respiración del mar.

Cuando Marcelino se marchó, Candelaria, arrastrándose, encendió un cabo de vela y lo colocó sobre una mesita, ante una estampa de la Virgen colgada en la pared. Y de rodillas sobre el duro suelo, medio desnuda, sonándose a intervalos, porque las lágrimas la sofocaban, repitió sin descanso:

---Madrita mía del Carmen, ¿qué va a ser de mí?

En la calle se alejaban los pasos del trovador.

Preludió al doblar la esquina, y su voz robusta, grave, pretenciosa, entonó de nuevo la danza irresistible, que poco a poco se fue atenuando, desvaneciendo, con intermitencias en que se perdían frases enteras a medida que Marcelino bajaba los empinados callejones que del *risso* conducen a la ciudad. Y cuando llegó abajo, al camino nuevo, junto al castillo, era la danza un suspiro, un hilo de voz delgado y quebradizo, una vaga invitación al amor viniendo de muy lejos, del seno trasparente y azulado de la noche.

De rodillas sobre el duro suelo, apoyados los codos en la mesa y la frente ardorosa en ambos puños crispados, Candelaria repetía con acento monótono e incansable, interrumpido por el hipo convulsivo de los sollozos:

---Madrita mía del Carmen, ¿qué va a ser de mí, qué va a ser de mí?

Por Luis y Agustín MILLARES CUBAS
Antología de cuentos de la tierra canaria
BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA
